aparentando retirarse, siguió por el Valle, tomando el rumbo de Miahuatlan.

Es que atraía al enemigo al lugar donde había pensado acabar con él, comprendiendo que llegaba la hora suprema de retar al azar y poner fin á aquella campaña tan fatigante.

Hemos trazado rápidamente el prólogo de esa gloriosa campaña de Oriente, porque era preciso contemplar desde su orígen aquella asombrosa insurrección iniciada por un prisionero fugitivo, secundada por un pueblo patriota y valiente, y terminada entre relámpagos de gloria por el esfuerzo de la Nación.

Hay algo de épico en aquella lucha. Un prisionero de guerra se fuga de una prisión monumental donde lo vigilaba hasta el exceso el terror del enemigo: sólo, se lanza á las montañas, levanta un grupo de indios desarmados, les habla de Patria y de independencia, y con ellos lucha, combate y vence, tomando todo del enemigo, armas, municiones y recursos.

Y en aquella guerra terrible y sin cuartel no deja un rencor á su espalda, no extorsiona, no hace verter una lágrima, y los pueblos lo reciben con entusiasmo, lo ayudan y lo aplauden en sus victorias.

Sin embargo, los imperialistas estaban mucho más fuertes que el caudillo republicano que sólo llevaba seiscientos hombres desnudos, sin armas y sin municiones, mientras Oronoz contaba con una brigada perfectamente dotada y organizada, y provista de todo género de recursos.

La columna imperialista estaba compuesta del 9º batallón de infantería, el terrible batallón de cazadores cuyos Jefes, Oficiales y sargentos eran franceses cumplidos, y enganchados por el imperio: aunque sólo llevaba dos obuses de montaña, en cambio su caballería era excelente, formada por una guerrilla que se había hecho célebre por su audacia, y los cuerpos de Trujeque y Acebal.

Era el aniversario de la expedición de la terrible ley que condenaba á muerte á todos los patriotas que combatieron por la libertad de México.

El 3 de Octubre tuvo lugar el encuentro en las lomas de Miahuatlan: Oronoz con sus mil cien hombres de las tres armas, avanzaba á paso veloz hasta ponerse á la vista del puñado de republicanos, á las tres y media de la tarde.

El General Díaz con sólo su escolta detuvo al enemigo hasta la llegada de la caballeria, que al mando del General Ramos comenzó á batirse con las avanzadas de los imperialistas.

Entónces el General Díaz partió á colocar la infantería en las lomas de los Nogales que están al Poniente de Miahuatlan, dando su frente al Oriente. Pero ya encontró en la posición al Jefe de la Brigada de infantería Coronel Manuel Gonzalez, y sólo tuvo que tender el resto de su línea de combate.

Esta línea se prolongaba de Sur á Norte, hallándose á la derecha el batallón Morelos, de Tlapa, con cien hombres de fuerza á las órdenes del Teniente Coronel Juan J. Cano: seguían los Tiradores de la Montaña, que mandaba el Comandante Felipe Cruz, con doscientas treinta plazas, y á la izquierda terminaba la línea el batallón Patria con noventa y seis hombres, siendo su Jefe el Coronel José Segura y Guzman.

Apoyaban la derecha ochenta hombres de la compañía de Chiautla, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria, cuyo total era de ciento treinta hombres á las órdenes de Carbó.

Establecida la línea, el General Díaz ordenó al General Ramos se replegara con la caballería atravesando la población; pero en una de las calles quedó un pelotón de vecinos armados que mandaba Apolinar García, y cuarenta hombres de los Tiradores, que se emboscaron en las milpas que formaban las primeras calles del pueblo. Esta fuerza tenía por objeto impedir que el enemigo estorbara la retirada de la caballería que venía casi mezclada ya con los traidores, los que se replegaron al verse atacados por los flancos. La caballería pudo entónces colocarse á retaguardia de la línea republicana.

Oronoz mandó entonces á su columna hacer un cambio sobre su derecha quedando al frente de la línea del General Díaz, y ocupó á paso veloz las lomas de «Yolveo» y el «Matadero.»

Los imperialistas se formaron en tres fuertes columnas, avanzando una nube de tiradores que abrieron el combate, á la vez que su artillería rompió sus fuegos.

La batalla comenzó espléndida: las columnas imperialistas marchaban amenazadoras, á la vez que los tiradores hacían un fuego vivísimo sobre los republicanos, que no podían contestarlo sino muy débilmente por lo escaso de su parque; pero éstos resistieron impasibles el empuje de los terribles cazadores que, dirigidos por oficiales franceses, tan heróicamente se batieron en las últimas horas del imperio.

El General Díaz tuvo que reforzar al fin los tiradores de su línea con los restos de la compañía de Chiautla, y veinte hombres del batallón Morelos, dando el mando de este refuerzo al Jefe de su Estado Mayor Juan Espinosa Gorostiza.

Pronto se hizo general el combate en toda la línea; pero los republicanos agotaban rápidamente sus municiones con lo que su derrota hubiera sido segura, si el General Díaz no hubiera tenido una de esas inspiraciones que dan la victoria á los pequeños ejércitos.

Resuelto á dar una carga sobre las posiciones enemigas, lanzó sus tiradores al otro lado del rio que formaba la línea divisoria entre los combatientes, ordenó al General Ramos que con el escuadrón de Tepeji tomase la retaguardia de los imperialistas y avanzó á la vez el costado derecho y el centro para apoyar el movimiento de la caballería.

Mandó dar el caudillo republicano el toque de avance, y poniéndose á la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y los lanceros de Puebla, cargó por el centro sobre la artillería enemiga, á la vez que el Coronel Gonzalez atacaba por la derecha.

La columna central que llevaba el General Díaz tenía formada su vanguardia por la línea de tiradores que al mando del Coronel Espinosa se le unieron en la misma línea de batalla del enemigo.

La batalla llegó entonces á ese período de delirio que toca á lo sublime, pero que es imposible describir.

Los republicanos casi desnudos, sin municiones, y mal armados, se precipitan arrollando todos los obstáculos, dejando el campo por donde marchan sembrado de cadáveres, suben hasta las posiciones

del enemigo, lo arrollan, se apoderan de la artillería, y luchando al arma blanca y brazo á brazo, lo ponen en completa dispersión.

La caballería republicana había hecho con tal precisión su movimiento al colocarse á la retaguardia del enemigo, que al ser éste destruido en su línea, cortó aquella las cargas y cargó sobre los dispersos, haciendo infinidad de prisioneros.

Esta victoria, que tan cara costó á los republicanos, fue el espléndido prólogo de esa épica campaña de Oriente que tanta gloria virtió sobre la bandera revindicada de la Patria.

Esta registra hoy en sus anales la fecha del 3 de Octubre de 1866 en que tuvo lugar la batalla de Miahuatlan.

LA CARBONERA

(18 de Octubre de 1866).

MÉXICO. IMP. Y LIT. LATINA.